



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los S. rmos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

ÉPOCA 2.^a

NÚM. 8.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Riús.

Se publica todos los domingos.

Valencia 23 Setiembre 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

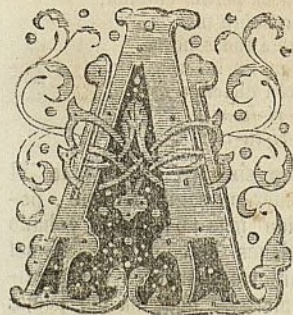
En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Luis Fabra y Cervero. — Estudios de literatura alemana: Los *lieder* de Goethe, por D. Teodoro Llorente. — Los dos entierros, por D. R. Rodríguez y Correa. — Casco de Alí-Bajá. — Horas perdidas: A mi distinguido amigo D. Teodoro Martel, poesía por D. Gerónimo Flores. — Un paso mas..... por Don Gerónimo Lafuente. — La mano ardiente: Tradición, por Rafael Blasco, (conclusion).

Láminas. Vista de los establecimientos de baños de la playa del *Postiguet* (Alicante). — Casco de Alí-Bajá. — Caricaturas: Cambio de tren.

REVISTA DE LA SEMANA.



Atravesamos una época de agitación y movimiento. Si en algunas partes parece que se respira cierta calma y tranquilidad, es solo en la apariencia; pues en el fondo, los elementos que constituyen la vida política y social de las na-

ciones se encuentran en ebullicion, apareciendo al exterior bajo ciertas formas originales y caprichosas.

Una de ellas es el afán de viajar; que de induccion en induccion se ha desarrollado extraordinariamente, remontándose desde las clases inferiores de la sociedad hasta las testas coronadas.

Hoy dia la mayor parte de los soberanos de Europa, y aun del nuevo Continente se hallan de viaje: esto nada tiene de particular, pero segun la importancia y significacion del individuo, así se hallan en igual relacion los actos de su vida.

Por eso nos hemos fijado en esos viajes y recíprocas visitas, que se celebran entre los gefes de algunas naciones, y deseamos que tengan resultados favorables, encaminados al bienestar de sus pueblos.

Despues del viaje del Rey de España, al que sucedió el del príncipe Humberto á la corte de Francia, la emperatriz Eugenia salió para Schevalbach, desde donde se dirigirá á Baden con el objeto de devolver al rey de Prusia su visita y de visitar tambien á la reina. Se asegura que el emperador Napoleon, bajo el pretexto de ir á Alemania para acompañar en su viaje de vuelta á la emperatriz, aprovechará esta ocasion para tener una entrevista con el rey de Prusia y con el emperador Alejandro.

Se habla de preparativos extraordinarios en el palacio imperial de Compiègne, donde irán á residir los emperadores de Francia para fines del presente mes, y donde se cree

que vendrán á hacerles una visita durante el mes de Octubre el príncipe de Gales y su esposa.

El emperador de Austria está en vísperas de partir para Hungría, que hace siete años no ha visitado. El objeto aparente de este viaje es puramente militar; aunque segun la importancia que se le dá, es posible que tenga un objeto mas elevado.

Tambien el rey de Prusia al volver á Berlin se detuvo en Francfort, y de allí pasó á Ingenheim á hacer una visita á los emperadores de Rusia. En esta entrevista se ocuparon detenidamente dichos monarcas de la interminable cuestion de los ducados.

Las últimas noticias de Méjico dicen que el emperador Maximiliano habia llegado á Valladolid, teniendo un recibimiento entusiasta.

La emperatriz no ha acompañado al emperador, porque dentro de poco tiempo hará con él un viaje de mas de cuatro meses.

El emperador debia estar de vuelta en Méjico el 16 de Setiembre para asistir á la fiesta de la independencia que se verificará este año con gran pompa.

Maximiliano habia firmado en Valladolid un decreto para elevar un monumento al emperador Iturbide, que era natural de aquella poblacion y descendiente de una noble familia vascongada.

El emperador debia estar dos dias en Valladolid y marchar en seguida á Guadalajara. El 19 debia recibir diputaciones de las principales ciudades de Michoacan.

Finalmente, con el objeto de no ser menos que otros, el emperador de Marruecos está en camino de Rabat, donde pasará bastante tiempo. El emperador vá acompañado en este viaje de un ejército de 30,000 hombres. Al pasar la comitiva imperial por el distrito llamado Smalach, donde residen varias tribus no sometidas á las del sultan, éstas se apresuraron á pedir el *aman* ó perdon, temiendo á las numerosas tropas que llevaba el sultan; pero apenas había atravesado aquel territorio, volvieron á insurreccionarse, robando un convoy de ganado destinado á la provision del emperador y de los que le acompañaban. Esta fazaña les ha costado cara, pues Sidi-Mahomed, que mandaba el ejército, volvió con éste pasos atrás y les ha quemado cuanto tenían, para que les sirva de escarmiento.

Basta de expediciones y de visitas régias, y ocupémonos de nuestra Península, donde ha quedado resuelta la crisis, con la creacion del nuevo ministerio bajo la presidencia del Excmo. señor duque de Valencia.

Los adelantos materiales y las obras en construccion siguen su curso sin interrupcion alguna. En Zaragoza el 14 debió quedar abierto al público el ferro-carril de Huesca, y en Barcelona se habla de la construccion de otra via de circunvalacion, servida por motor de sangre, que partiendo de dicha capital, y pasando por San Martin de Provensals, Gracia, San Gervasio, etc., se unirá otra vez con Barcelona por Sans.

En la corte como preludios del próximo invierno, continúan abriéndose los teatros. El del Príncipe ha abierto sus puertas con la comedia de Calderon *Dar tiempo al tiempo*, y con el juguete nuevo *El juez invisible*. El Real empezará á funcionar el primero del mes próximo probablemente. En cuanto á estrenos en el de Jovellanos se ha puesto en escena la zarzuela nueva *El bufon de su alteza* y la comedia tambien nueva *Un tenor modelo*.

En Valencia tampoco son escasas las diversiones: las que hoy preocupan mas la atencion son las dos corridas que se han de celebrar hoy 25 y mañana 26; y en las cuales los aficionados al arte tauromáquico tienen fundadas grandes esperanzas. Deseamos que éstas se realicen, como igualmente grandes entradas en beneficio del santo Hospital.

A los teatros les ha llegado por fin su turno; el del la Princesa ha abierto sus puertas con el melodrama en tres actos *El sueño de un malvado*, donde la empresa no ha escaseado gasto alguno con el objeto de presentarle con todo el lujo y aparato que su argumento requiere. El Principal tambien ha empezado á funcionar poniendo en escena la zarzuela *El diablo en el poder*. De estas producciones y en especial de su egecucion nos ocuparemos estensamente en el próximo número. Pues desde luego EL MUSEO LITERARIO, correspondiendo á las invitaciones de muchos de sus suscritores, publicará, alternando con las revistas de la semana, una estensa *Crónica de teatros*.

LUIS FABRA Y CAVERO.

ESTUDIOS

DE LITERATURA ALEMANA.

Los LIEDER de Goëthe.

II.

Los que solo conocen á Goëthe por haber oido hablar del *Fausto*, imaginan al vate de Weimar como un sombrío y adusto gigante del pensamiento, como una especie de Dante de la metafísica alemana, mas misterioso y fantástico que el poeta florentino, como es mas fantástica y misteriosa la noche de Wal-

purgis que los valles de Dite ó los abismos de la Gehena. No puede ser mas equivocada esta asimilacion: Dante es el poeta mas cristiano que ha existido, y Goëthe es un vate completamente pagano, digno de levantar la copa coronada de yedra y de rosas de Pæstum en los festines de Mecenas, ó de pulsar la lira de los griegos en los brazos de Aspasia.

Goëthe sabe elevarse á las escarpadas cumbres donde anida solitaria el águila del pensamiento; pero le place descansar tendido muellemente en los amenos valles de la vida á la sombra del mirto del amor. Jovial y perezoso, como la Fontaine ó Anacreonte, canta los pasageros goces de la juventud, y consagra su vida á la religion del placer.

El epicurismo, esa es la filosofía práctica del autor del *Fausto*, esa es toda la doctrina exotérica que encierran sus juguetones y encantadores *lieder*. Ingénuo y candoroso como los griegos, gozando sin malicia ni remordimiento los placeres de la naturaleza, lo vamos á ver hoy rendir en los altares de Vénus un culto digno de la molicie de Chipre.

Pero, sorprendamos antes, encerrada en seis versos, toda su filosofía. Hé aquí un breve tratado de psicología, digno de Epicuro, el mas sensato de los sábios, segun toda la antigüedad.

MI PROPIEDAD.

Sé que en el mundo inmenso solo es mío
El fijo pensamiento
Que da vida á mi sér,
Y el breve lampo del feliz momento
Que á mi lábio, al pasar, bríndale pio
La copa del placer.

He dicho que esta doctrina es digna de Epicuro, pero debo añadir que no del Epicuro griego, sino de un Epicuro alemán. Goëthe solo reconoce la realidad de dos cosas: la del placer fugitivo del momento y la del pensamiento que llena su alma. Hé ahí al hombre moderno, al hombre cristiano á pesar suyo, el hombre interior que se levanta en la conciencia y que acabará por hastiarse de todos los goces del mundo. Hoy vamos á ver á Goëthe jugando con el amor, como Anacreonte, Tibulo ó Propertio: otro dia veremos las aspiraciones al ideal, los deseos infinitos turbar la serenidad de su alma pagana.

¿Queréis sorprender al vate alemán en su elemento, en plena naturaleza, en el mundo risueño de la sensacion? Oíidle cuando la primavera trae al mundo la estacion de los amores:

CANCION DE MAYO.

A través las mieses va;
Rompe la maleza, y ya
Se pierde en el bosque umbrío:
¡Ay! ¿A dónde irá el bien mío?
Decídmelo, ¿á dónde irá?

No está en su casa
Mi dulce amor:
A la campiña
¿Por qué salió?
Florece Mayo
Enderredor:
¿Dó va la niña
Suelta y velóz?

En la roca, junto al río,
Do el primer beso me diera,
Ella está, no es desvarío.....
¿A quién espera el bien mío?
Decídmelo, ¿á quien espera?

La verdad es la musa del génio, y ningun poeta es tan verdadero como Goëthe, porque nadie se ha inspirado tanto en la naturaleza como él. Acabamos de verle correr en Mayo

por los campos tras su querida: llega el calor y le encontraremos cerrado con ella, en la casita bien guardada del sol. Oid la cancion de Agosto:

EN VERANO.

Húmedo de rocío,
Brilla el ameno prado;
De perlas coronado
El cáliz dobla lánguida la flor.
¡Cuán dulce el soplo frio
Del aura es en las ramas!
¡Cuán alegre del sol bebe las llamas
Y trina el ave su cancion de amor!

Mas ¡ay!, mi buena moza,
Cuando feliz te miro
Oculta en tu retiro
Lleno de misteriosa oscuridad,
En la pagiza choza
A sol y aire cerrada,
¿Qué me importa la tierra engalanada
Con toda su pomposa magestad?

A veces á este tierno sentimiento de la naturaleza y del placer, se mezcla una ligera intencion epigramática, y así se burla de un modo delicado de la aparente resistencia que la muger opone á los deseos del amante en este delicioso *lied*:

AMENAZAS.

Sola encuentro en el bosque á Filis bella:
Firme abrazo le doy, y lo repito
Una vez y otra vez y otra.... Mas ella
Prorrumpe:

«Aparta, ó grito.»
Yo con la hueca voz que audáz provoca,
«Vengan, esclamo, acepto la batalla;»
Y ella «¡loco!» tapándome la boca,
«¡Loco! No te oigan..... Calla.»

¡Pobre Filis! Goëthe es cruel como el amor, y todas sus conquistas idílicas terminan del mismo modo, en el abandono y el olvido. Esta conclusion se eleva hasta la altura de la tragedia en *Fausto*, que hace morir desesperada en el calabozo á la sensible Margarita; pero en los *lieder* es quizás mas sangrienta, porque solo sirve de tema para las chanzonetas del poeta burlador. Oid cuál es el destino que depara á

LA CONVERTIDA.

Al negro bosque iba sola
Cuando el ocaso arrebola
El cielo; mas ¡ay! allí
La flauta Damon tañía
Y en la arboleda sombría
Sonaba su acento así:
Tu-ri-lu-ri,
Tu-ri-lu-ri.

Llegó y dióme un fuerte abrazo,
Y era tan dulce aquel lazo
¡Ay! que en vano resistí.
Grité entusiasmada y loca,
«Toca, Damon, toca, toca;»
Y Damon prosiguió así:
Tu-ri-lu-ri,
Tu-ri-lu-ri.

Júbilo, placer y calma
Desde entonces perdió el alma;
Cayó el afán sobre mí,
Y oigo triste á todas horas
Las notas que burladoras
Aun me están diciendo así:
Tu-ri-lu-ri,
Tu-ri-lu-ri.

La muger tiene siempre en su oido el *tu-ri-lu-ri* del recuerdo, segun Goëthe, pero el amante olvida mas fácilmente, y halla en nuevas sensaciones la compensacion del placer perdido. Para los soñadores del sentimentalismo será inícuu la doctrina del poeta; pero se acomoda perfectamente á la naturaleza humana, en la mayor parte de los casos,

esa amable inconstancia de la que el autor se confiesa culpable contándonos el siguiente episodio:

SALVAMENTO.

Me fue infiel el dueño mío,
Y en insensato extravío
Buscando solo mi mal,
Dí en las márgenes de un río
De caudaloso raudal.

Estático contemplaba
La corriente, y tremebundo
Rodaba á mis piés el mundo;
El vértigo me arrastraba
Hacia el abismo profundo.

En esto, voz de muger
Llega del alma hasta el fondo
Haciéndome estremecer,
Y grita: «Vais á caer:
¡Cuidado! que el río es hondo!»

Aquella voz me enajena;
Los ojos vuelvo, y fascina
Mi vista hermosa sirena.
—«¿Quién eres?—Soy Catalina.
—Catalina, eres muy buena.»

«Sabré cumplir mis deberes,
De mí esclava voluntad
Absoluto señor eres:
Me has dado la vida, ¿quieres
Darme la felicidad?»

Habló el corazón oprimido,
Y ella los ojos bajó;
Con recíproco embeleso
Dile y devolviéronse un beso,
Y el río á la mar corrió.

Esta manera de consolarse, tan distante de las ideas de los adoradores de Laura y Beatrice, maestros de todos los modernos poetas enamorados, la eleva Goethe á la categoría de sistema, y con una desvergüenza digna de Anacreonte ó de Bocacio recomienda la versatilidad en el placer. ¿Es propio de un poeta filósofo, ó de un *bon vivant*, la siguiente máxima?

LA INCONSTANCIA.

De caprichoso río tendido en la ribera,
Feliz abro los brazos á la onda pasagera
Que voluptosa baña mi pecho abrasador;
Y cuando veloz sigue su curso fugitivo,
Arriban otras olas y amante las recibo,
Pues siempre el placer nuevo fue mi placer mayor.

Y tú, desventurado, gimes y necio lloras,
Perdiendo de la vida las mas felices horas
Porque sus juramentos ha roto una muger!
Recobra de tus años el brio rozagante:
Tan dulces son los lábios de la segunda amante
Cual los de la primera pudieron dulces ser.

Hemos descendido, con el escéptico poeta el nivel del mas bajo realismo; pero no permaneceremos mucho tiempo en esas prosáicas regiones del *buen sentido* vulgar. Un sentimiento indefinible de melancolía, no la desesperada tristeza de Byron ó Leopardi, sino esa languidez alemana que dispone el espíritu al éxtasis y á la fantasía la imaginación, se apodera á menudo del descreído poeta, que apartando los labios de la copa encantada, condena al olvido los versos de su juventud. Hé aquí lo que piensa al ver correr las aguas de un río:

EN EL RÍO.

Al piélago del olvido
Id, mis versos inconstantes,
No os cantarán los amantes

Cuando llegue Abril florido,
Solo habeis enaltecido
A la ingrata cuanto bella
Que hoy sus juramentos huella,
Y pues mi ligera pluma
Os trazó sobre la espuma,
Corred á la mar con ella!

No correrán nunca al mar del olvido los versos de Goethe, pero volviendo la hoja, iremos á buscar entre sus *lieder* otros que respondan mejor que estos juguetes eróticos, á ese afán infinito que es alma de toda poesía.

TEODORO LLORENTE.

LOS DOS ENTIERROS.

I.

—Señorito, señorito.
—Hun.
—¡Señorito!
—¿Qué se te ofrece?
—Ahí está la lavandera, y dice que quiere hablar con usted.
—¿Qué hora es?
—Las ocho.
—Pues dile que vuelva mas tarde.

Como el lector habrá comprendido, un criado se atrevía á despertar á un hombre que estaba durmiendo, porque su lavandera quería hablarle.

Ahora bien, el que dormía era yo.
El criado estaba usufructuado por mí, y digo usufructuado, porque la propiedad era de mi patrona.

La lavandera era de mi propiedad, aunque no exclusiva.

Después de dar la última orden con ademán olímpico, acurruquéme en el lecho y preparéme á dormir.

Ya lo habia conseguido, cuando el criado volvió á entrar diciendo:

—Señorito, la lavandera se empeña en ver á usted.

—¡Diantre! No te he dicho....
—¡Si llora como una Magdalena!

Mi furor se aplacó. El criado habia encontrado la única fórmula capaz de decidirme á no dormir.

Dí, pues, orden para que entrase la lavandera, cogiendo mientras un papel que habia sobre la mesa de noche, en el cual leí.

La señorita Doña Fulana de tal ha fallecido, etc. etc.

Aun miraba entristecido aquel papel, cuando vino á herir mis oídos un «buenos días» exhalado entre sollozos. Alcé la cabeza y vi destacarse en la puerta el tostado rostro de mi lavandera, medio oculto por el delantal con que se secaba los ojos.

—¿Qué es eso Juana? pregunté.

—¡Ay! ¡señorito, contestó, mi pariente se ha muerto hoy, y no tengo con qué enterrarlo!

Aquellos dos dolores exhalados á boca de jarro, si se me permite la frase, cerraron mis labios y angustiaron mi corazón.

—No se apure usted, Juana, exclamé después de un instante, é incorporándome en la cama, cogí el chaleco.

Omnia mea in chalcum porto. Partiendo de este axioma, escudriñé los bolsillos y le dí lo que tenia, no sin pensar que si yo me moria después, tampoco habria con qué me enterrasen.

¡Morir, no tener!

Y hé aquí dos ideas hermanas, que la sociedad ha hecho completamente contrarias. La idea de morir y no tener con que se me enterrase, me causó escalofríos. Pensé en que me llevarían como un *perro*, según la frase gráfica vulgar, pensé en que no podría pagar la cruz, ni pagar los sacerdotes, ni pagar na-

da, verbo que creia suprimido en el diccionario de la muerte.

Juana tomó llorando las monedas y salió gritando entre sollozos: ¡qué bueno es! ¡qué bueno es!

Y yo lo oí, lector, y me lo creí. No me hubiera alabado delante de nadie; pero mi alma, semejante á un periódico ministerial, se entonaba á sí misma un monólogo de alabanzas.

Después de almorzar, volví á leer la papeleta, cuya lectura terminé cuando entró Juana.

Una niña angelical y esperanza de su rica familia habia muerto á los diez y seis años.

En mis oídos resonaba aun el epíteto de bueno que me prodigara mi afligida lavandera, y queriendo justificarlo creí de mi deber ir á consolar el dolor.

Vestíme, pues, de riguroso luto y con el alma llena de felicidad aprestéme á endulzar la desgracia.

El hombre feliz es el mejor amigo de los desgraciados.

II.

Como íntimo amigo, la doncella, al entrar en la casa donde la muerte habitaba aquel día, me condujo á la habitación mas apartada, y al entrar en ella, un cuadro desgarrador se presentó á mis ojos.

Mudo el padre como una estatua de piedra, no dió la menor muestra de haberme visto, á pesar de haber clavado la vista en mí.

La madre, sin atender á las palabras de consuelo que le dirigian sus amigas, lloraba fija la vista en el suelo.

De cuando en cuando interrumpia su silencio para recordar desesperada las últimas palabras de la enferma, los puros goces que la muerte habia venido á terminar y la soledad y abandono que la falta de su hija la inspiraba.

De pronto, dirigiéndose á su hermano, dijo:

—Quiero que no falte nada en el entierro, que la pobre tenga todo, todo.... y no pudo proseguir.

Te aseguro lector, que al presenciar aquel dolor tan grande y aquellos últimos deseos, no pude menos de recordar la angustia que sufriria mi pobre lavandera al arrojarle á la calle á las siete de la mañana con el fin de pedir una limosna para que su marido llevase *caja propia*.

Aquel *todo* que con tan dolorosa sencillez ordenaba la opulencia, me recordó el *nada* con que tenia que luchar la miseria.

Después de largo rato de prodigar consuelos en vano, me avisaron al oído que se *la iban á llevar* y sin despedirme bajé á la calle.

Un carro fúnebre aguardaba su depósito.

Numerosos sacerdotes con cruz de *primera clase* aguardaban la salida del cadáver para entonar los lúgubres responsos que habian de pesar en la balanza de la justicia divina.

Multitud de convidados hablaban en corrillos.

—Buena proporcion se ha perdido Luis, decía un pollo almibarado que no dejaba de halagarse el pelo como si estuviera ó fuera á ir á un baile; solo esta ocurrencia se la hubiera hecho perder porque la tenia *bien trabajada*.

—Pues no era oro todo lo que relucia, porque la niña le hacía cocos al condesito de....

—Y el *bouquet* que llevó al baile de la de Montijo, se lo dió en seguida á Fulano....

—No tengan ustedes cuidado, que la niña no era tonta....

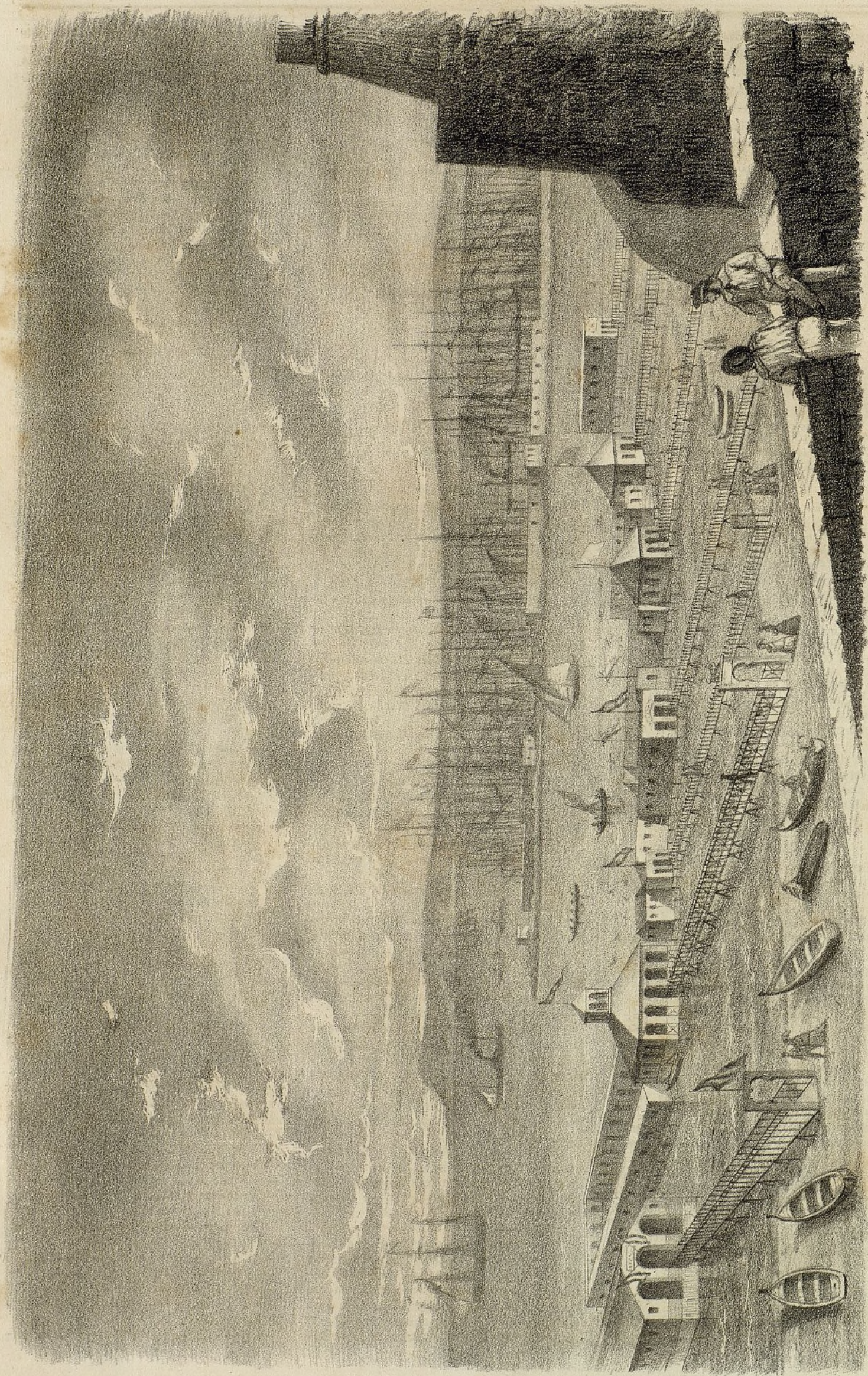
No quise oír mas y me acerqué á otro corrillo, en donde relucian canas.

—¿Y quién heredará el capital ahora?

—¡Toma! los sobrinos y....

—¡Buena tutoría se ha perdido usted, Don Francisco, porque la perlesía de D. Antonio no duraba un mes.

—¡Quia! Señores, la tutoría es lo que me-



VISTA DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE BAÑOS DE LA PLAYA DEL POSTIGUET (ALICANTE).

nos me importa. Pobrecita Julia. Eso es lo que yo siento, D. Juan.

—¡Ay! que me ha pisado usted un callo, exclamó uno que estaba junto al llamado D. Juan.

No queriendo corrillos cerca de mí, me puse junto á la cruz de primera clase y allí sin que yo me atreva á asegurarlo, escuché lo siguiente.

—¡Ay! hermano, pocos difuntos semejantes á este se encuentran hoy.

—Cuidado que es lujoso el entierro. Todas las parroquias de Madrid están reunidas. La limosna es de á diez reales. Para casi todos los entierros piden la cruz de tercera.

—*De profundis!* cantó un venerable sacerdote que había junto á mí, al mismo tiempo que advertí cierto movimiento.

Era que el cadáver había sido colocado en el carro, el cual se ponía en marcha.

Miré el reló y vi que eran las tres.

Mi lavandera me aguardaba.

—Vamos á otro entierro, dije con ademan despreciativo, viendo pasar por delante de mí tantas luces, tanta gente y tanto coche, sin que la amistad hubiese hecho verter una lágrima, ni el oro fundido comprar un dolor.

III.

¿Vive aquí Doña Juana Lopez?

Tal pregunta hacia yo á las tres y media á unas pobres gentes que se encontraban sentadas en el portal de una casa de mezquina apariencia, situada en una de las calles inmediatas á la plazuela de la Cebada.

¿Es usted D. Ramon? me preguntaron, y al ver que era afirmativa mi respuesta, los hombres se quitaron los sombreros, las mugeres me abrieron camino, mirándome admiradas, y las dos niñas, agarrándose por la mano, empezaron á tirar de mí, gritando:

—¡Señá Juana! ¡Aquí está Don Ramon, el señorito bueno, el que le paga la caja al señor José.

Al ver mi popularidad y el afecto con que se me recibía, una idea política atravesó mi mente.

Presentarme diputado por aquel distrito en las primeras elecciones.

Pero Dios castigó mi ambición recordándome que no tenía rentas, cosa que yo hubiera salvado con un destino imposible de vencer, que mis devués no tenían voto.

Mas dejémonos de política y vamos al grano.

Siempre conducido por las niñas, me encontré en un anchuroso patio con infinitas puertas. A las voces de las niñas, se presentó en el umbral de una de aquellas, la señá Juana, que al verme me dijo llena de vergüenza y de agradecimiento.

—¿Conque al fin se ha incomodado usted?

—Lo prometido es deuda. Entremos.

Traspasé el umbral y me encontré en una habitación dividida en dos por una cortina de percal.

En la primera había una cama con cuatro velas encendidas en los cuatro extremos, á las que servían de candeleros cuatro botellas.

Sobre la cama la caja....

Dí un paso atrás y una vecina comprendiendo mi acción, me dijo que la siguiese á su cuarto.

Hicelo, y á poco rato mi lavandera se despidió, después de hablar con un hombre que traía unos zapatos.

Dispénsame, lector, todos estos detalles, que sin embargo, son necesarios para pintar el *lujoso* entierro de un pobre.

Al quedarme solo, y digo solo porque estaba absorto en mis pensamientos, pensé en la visita mortuoria que había precedido á aquella en que me hallaba.

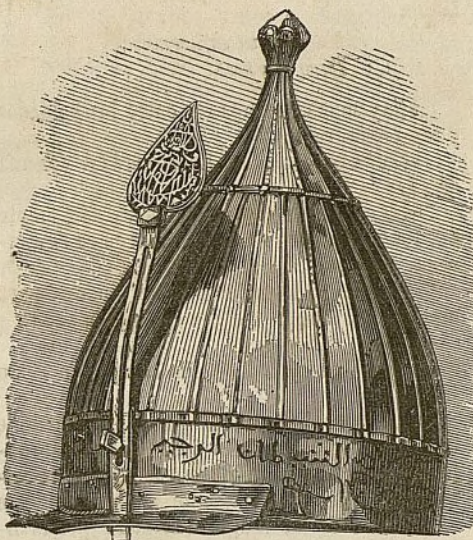
La madre rica lloraba porque ya no tendría el objeto cariñoso en que emplear sus riquezas. La madre pobre lloraba porque en

sus días de escasez no tendría á su honrado marido para compartir sus penas. La madre rica lloraba entre amigos queridos, en el mas apartado rincón de su casa; la viuda pobre lloraba sola, y sus lágrimas caían sobre el cuerpo que amortajaba. La madre rica ordenaba que un lujo deslumbrador acompañase á su hija á la fosa y numerosas oraciones la acompañaran hasta el cielo. La viuda pobre, después de considerarse feliz con que su marido llevase *caja propia*, se permitía el esceso de calzar unos zapatos nuevos al frío cadáver.

No pudiendo estar en aquel estrecho cuarto me sali al patio.

A la puerta del cuarto mortuorio había seis ó siete hombres de modesta chaqueta, parientes del difunto casi todos, y que perdían de trabajo y de jornal las horas que empleaban en acompañar á su última morada al que fue su amigo.

Todos estaban callados, si hablaban, lo



CASCO DE ALI-BAJA.

hacían en voz baja y algunos de ellos tenían los ojos enrojecidos.

Allí el alegre y burlesco rumor de los corrillos no apagaba el ruido de las alas de la muerte, el resplandor de las luces no alumbraba rostros risueños. Al contrario la ausencia de ellas hacia mas sombrío el dolor de aquellas caras. No había cruz de *primera clase*; pero al asomar la caja á hombros de cuatro mozos, todos los circunstantes se persignaron con magestad.

No escuché el triste *de profundis* entonado por cien voces. Pero vi los labios de todos moverse murmurando una oración que no tenía precio.

—Vamos, dije, y nos pusimos en marcha, oyendo en la habitación mortuoria desgarradores gemidos.

—Vaya V. por la acera, me dijo un compañero de duelo, hermano de la viuda, y en todo el largo trayecto que mediaba entre la casa y el cementerio, no se interrumpió el silencio hasta que el sepulturero nos dijo: «alto.»

Allí en una fosa profunda depositaron la caja.

Junto á los nichos y alrededor de otra caja, una multitud de buen tono se agrupa alrededor de un sacerdote resplandeciente con sus vestiduras de seda y oro y que entonaba el responso por otro cadáver.

Casi al mismo tiempo en que el sacerdote derramaba sobre el frío cuerpo el agua bendita, mi compañero de duelo, agarrando un puñado de tierra lo arrojó sobre la caja exclamando:

— ¡Era un hombre de bien y un buen amigo!

Una lágrima rodó por cada mejilla y antes de caer al suelo se evaporaron, y su vapor subió al cielo envolviendo nuestra sencilla y muda oración para depositarla á los pies del Eterno.

Los sepultureros arrojaron tierra sobre aquella caja que aun había de sufrir el peso de otras y se borró para siempre la memoria de aquel hombre honrado.

—Hemos acabado, dije, y sin hablar palabra llegamos hasta la puerta de Toledo.

Allí quitándose mis compañeros los sombreros y apretando mis manos entre las suyas, callosas y ásperas por el trabajo, me dijeron derramando la última lágrima.

—Gracias, señorito, y mandar en lo que se ofrezca.

—Igualmente, señores, contesté, y nos separamos sabe Dios hasta cuándo.

Hasta entonces no comprendí lo que era un entierro.

R. RODRIGUEZ Y CORREA.

CASCO DE ALI-BAJA.

Siguiendo nuestra costumbre, damos en el presente número el dibujo de una de las mas notables piezas que existen en la real Armería, y es el casco que Ali-Baja, Almirante de la escuadra turca, llevaba en la batalla de Lepanto. Los entendidos armeros, Sres. Zuloaga opinan tan ventajosamente acerca del mérito artístico de esta pieza, que en su concepto nada superior á ella es posible hacer. La figura del casco, segun demuestra el grabado, es cónica, largueada de alto á bajo, y se halla formado al parecer de varias piezas unidas por medio de un procedimiento desconocido en la actualidad. Termina en un botón facetado, y tiene sobrevista ó visera fija y nasal ó nariguera movable. Toda la pieza estaba nielada de oro y al parecer tenía 36 rubies, 4 turquesas y 2 diamantes, todo lo cual ha desaparecido.

En el borde de la sobrevista tiene la inscripción árabe, cuya traduccion es: «Refúgiome en Dios (para que me libre) de Satanás el apedreado. Poco falta para que los descreyentes te miren con ojos maliciosos al oír las amonestaciones (de este Corán revelado) y digan: seguramente, este hombre ha perdido el juicio; pero mienten los tales, pues este libro no es otra cosa que una amonestación para todas las criaturas vivientes.» (CORÁN, Sura LXVIII, versos 51 y 52).

En la nariguera hay un calado en que se lee empezando por abajo la inscripción cuyo texto árabe vertido al castellano dice: «No hay mas Dios que Alhá, Mahoma es el mensajero de Alhá.»

Otra leyenda, abraza la parte inferior y anterior del casco, su traduccion es: «Anuncia á los creyentes el auxilio de Dios y la victoria cercana. ¡Oh Mohammad!» (CORÁN, Sura LXI, vers. 15.)

Finalmente, en la parte inferior y posterior existe la leyenda siguiente: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso. Por cierto que te abrimos un camino manifesto para que (siguiéndole) te perdones Alhá tus pecados pasados y venideros; te conceda plenamente su gracia y te dirija por el camino recto (de la salvación).» Sura XLVIII, vers. 1, 2 y 3.

Todos los caracteres arábigos son grabados, y las mociones están nieladas de oro, así como el frontal y el nasal. Pesa tres libras y ocho onzas.

El número que tiene esta pieza en el catálogo general de la Armería, es el 2,399.



HORAS PERDIDAS.

A MI DISTINGUIDO AMIGO

D. TEODORO MARTEL.

El sol de mi esperanza camina hacia su ocaso,
Alumbran sus reflejos mi triste soledad,
Y en pos de esos fulgores avanzo paso á paso
Buscando en mi delirio las glorias de otra edad.

Un tiempo en que mi madre con cédica ternura
Vertía en mi amorosa la copa de su amor:
Que en ella siempre he visto un ángel de ventura,
Un iris de bonanza, del cielo el resplandor.

Con flores que brindaba la alegre primavera
Tejía mil coronas su afecto maternal,
Y al sujetar con ellas mi blanda cabellera
Mi pecho se inundaba de calma angelical.

Recuerdo de mi infancia los días encantados
Y las alegres horas de hermosa juventud,
Y en vez hoy de esas dichas, de goces tan soñados,
Repito ecos perdidos mi lúgubre laúd.

Que huyeron ¡ay! los días de plácida bonanza,
Tan solo Dios penetra mi oscuro porvenir:
¿Renacerá en su tallo la flor de mi esperanza
O mustia y deshojada la dejaré al morir?

No aspiro ya las brisas de perfumado aliento,
Ni veo á la avejilla saltar de flor en flor,
Ni escucho de los bosques el misterioso acento,
Ni luce en mi horizonte la estrella del amor.

Ese astro refulgente que el bienestar condensa
Y vi en mi edad primera cual iris celestial,
Hoy solo el desengaño cual nube opaca y densa
Envuelve mi horizonte en sombra funeral.

Volaron ya los días de aquel feliz reposo,
Después de alegre infancia la juventud llegó,
Y á los mentidos goces de un mundo artificioso
Mi alma adormecida incauta despertó.

Tan solo una esperanza mi corazón augura;
Y el pensamiento inquieto recuerda sin cesar,
Que existe otra morada de paz y de ventura
Do un Dios á los mortales su infancia ha de tornar.

GERONIMO FLORES.

UN PASO MAS.....

I.

«Amigo Juan: te escribo para darte una noticia que me tiene preocupado hace algunos días.

«Pepe, nuestro buen amigo Pepe, piensa en casarse, y lo ha consultado conmigo.

«Me hallo, como podrás suponer, en un grande apuro.

«Para poder darle mi parecer, le he pedido tiempo, porque el asunto, como ves, es delicado.

«Y tanto es el cariño que me tiene nuestro amigo, que estoy seguro de que no se casa, si yo no le digo que lo haga.

«No quiero decir que Pepe deje de tener voluntad propia; pero me ha dicho:

—Blas, estoy enamorado, y quien dice enamorado dice ciego: como tal no puedo ver á Luisa tal cual es, no puedo estudiar su carácter, no sus cualidades buenas ó males, sus defectos si los tiene. Sé tú, pues, la razón que piensa, yo no puedo ser mas que el amante apasionado. En ti confío: si Luisa es buena, si es digna de mí, si ha de hacerme feliz, ó si por el contrario, crees que he de ser desgraciado uniéndome á ella, tú que puedes conocerla y observarla con ánimo sereno, sin que la pasión te ciegue, dímelo sin rodeos. Quiero, necesito tu opinión.

«Esto me dijo Pepe, y conociendo yo que no tengo mas remedio que salir del paso, he hecho algunas reflexiones y sigo haciéndolas cada día.

«Tú no conoces á Luisa, bonita muchacha, demasiado quizá.

«Inconvenientes que acompañan á la mujer hermosa.

«Es regla general que á todas las muy bellas, les cuadra perfectamente aquello de la fábula.

*Tu cabeza es hermosa,
Pero sin seso.*

«Hay mucha semejanza entre las beldades y los pavos reales.

«Habrá escepciones: Luisa será tal vez una de ellas.

«El marido de una hermosura fácilmente llega á ser celoso, y si ella es un poco casquivana, Dios nos asista.

«Cuando yo haya de casarme, buscaré para mujer, una de quien digan los que la vean.

—Pseh.... no es fea....!

«La belleza y la modestia rara vez están juntas.

«Luisa es bella y debe saberlo; si lo sabe debe habérselo creído; y si se lo ha creído debe estar orgullosa de sí misma, porque la vanidad y el orgullo fácilmente toman asiento en el corazón de la mujer halagada por la lisonja.

«Mas.... ¿Quién sabe! las mugeres son mejores de lo que generalmente se cree.

«Cuando vengas á Madrid oirás á muchos decir:

—No hay mugeres imposibles.

«Y para probártelo, citarán uno tras otro cien ejemplos que serán ciertos, pero que nada prueban.

«Acuérdate, cuando los oigas, de que el color mas subido es el que se ve más.

«Por esto puede suceder que Luisa sea una escepcion de la regla general. Es difícil, porque al árbol débil fácilmente lo troncha el viento.

«Todavía sé más.

«Sé que Luisa ha tenido novio durante tres años.

«Es seguro, pues, que ha perdido algo.

«Y tambien puede asegurarse que ha ganado otro algo.

«Perdió.... una ilusión, por lo menos.

«Ganó.... un poco de experiencia.

«No sé si poco de escrupuloso, pero no me gustan las mugeres experimentadas.

«Quiero mejor la inocencia, casi la ignorancia: quiero el primer amor.

«No me gustaria que me dijera amores con las mismas palabras que empleó para enamorarse á otro.

«¿Y si te digo, querido Juan, que ese antiguo novio es un primo de Luisa, y un primo rico?

Supongo, y creo que es suponer lo mejor, que Luisa y su primo solamente se aman ya con el amor de parientes.

«Un primo rico es á una muchacha pobre y bonita, lo que una cadena de *double* á un reloj de oro: lo que una mano blanca y suave encerrada en un guante deslustrado.

«Para el que no haya visto el reloj ni la mano, ésta será áspera y fea, aquel será cuan-

do más, del mismo metal que la cadena.

«Esto aparte de que, para mí, un primo siempre es un inconveniente.

«Las madres confían sus hijas á los primos, y las hijas creen ir seguras y bien vistas con sus primos.

«Siempre que se pregunta á una de esas niñas ¿con quién paseabas ayer? ¿Quién era aquel con quien estabas en el teatro?

«Nunca contesta sencillamente: es mi primo: casi siempre dice: es mi primo hermano.

«La palabra hermano unida á la de primo en esta ocasión, me hace el mismo efecto que si oyera en un entierro el repiqueteo de unas castañuelas.

«Tal parentesco, no es mas, con harta frecuencia, que una escena, un pretesto. Suele ser un velo que cubre á tres: á la prima, al primo y al novio.

«Nadie tiene interés en ver lo que la gasa oculta mas que el último; pero como son dos á sostenerla, por mas que uno tira nunca la descubre, lo mas que hace es romperla.

«Le diré á Pepe que no le conviene Luisa.

Si no fuera tan mi amigo, si no le quisiera tanto, le hubiera contestado: chico, no se que decirte, haz lo que quieras.

«Pero debo decirle mi opinión.

«Si fuera yo el que hubiera de casarse, ya habria tomado mi partido. No lo pensaria tanto.

«Prometo no consultar con ninguno de mis amigos cuando me encuentre en ese caso.

«Luis, ó Manuel, ó Antonio, ó cualquiera de sus amigos ya hubiera salido del apuro.

—¿Es rica la muchacha? le hubiera preguntado.

—No.

—¡Horror!

—Pero es buena, modesta, bonita....

—¡Horror, horror!

«Si Pepe hubiera contestado:

—Sí, es rica.

—Cásate, pues, sin vacilar, pero pronto, pronto.

«Yo, amigo Juan, no me atrevo á darle este consejo.

«No soy todavía mas que un pobre provinciano, con los mismos pensamientos, los mismos hábitos, la misma manera de ver las cosas, las mismas inclinaciones que si nunca hubiera abandonado nuestro pueblo.

«Y la prueba es que no encuentro placer alguno en una porción de cosas, por las que se despepitan las gentes de por acá.

«Estoy en el teatro y oigo un chiste de boca del payaso: el público aplaude la gracia y yo me ruborizo al oirla. Dirijo la vista á un palco y veo tres niñas, como tres querubines, que se rien tambien.

«Entonces me lleno de indignación contra mí mismo y me trato de ridículo y de tonto.

«Leo los periódicos escritos espresamente para reír, como ellos mismos dicen, y casi me dan ganas de llorar. Al propio tiempo oigo á mi espalda dos alegres carcajadas, vuelvo la cara y veo á dos que gozan leyendo el periódico que á mí me ha hecho tan poca gracia.

«Otra vez maldigo mi manera de ver las cosas, y me pregunto: ¿Por qué no ha de divertirme siquiera algo, lo que á otros divierte tanto?

«¡Ay! pero no es esto lo que ahora me pone en cuidado.

«Yo convertido en.... espía, sí, eso es, en espía de Luisa.... ¿Qué hacer? ¿Hé de dejar á Pepe abandonado á su pasión?

«Seria lo mismo que dejar á un ciego solo en medio del campo. Posible es que llegara sano y salvo á un lugar seguro; pero es casi indudable que tendria algun tropiezo y que caería tal vez para no volver á levantarse.

«El caminante que desoyera los ruegos del ciego que le pedia apoyo, seria un miserable.

«¿Qué seré yo si abandono á Pepe á la suerte en un campo tan peligroso?

«Ya estoy decidido: estudiaré á Luisa, la observaré, leeré á través de sus ojos sus mas ocultos pensamientos, pondré en juego todos mis recursos para que se manifieste tal cual es, seré su espía. La amistad de Pepe es sagrada.»

II.

Esto escribía Blas á su amigo Juan.

Blas dedicó todo el tiempo de que podia disponer al estudio de Luisa.

Si el tiempo (poco mas de un mes) que dedicó á este asunto, lo hubiera empleado en crear y constituir una sociedad anónima de seguros sobre cualquier cosa, es mas que probable que Blas á estas horas fuera millonario, ó poco menos.

Pepe estaba enamorado hasta la médula de los huesos, enamorado como un bruto. Así le llamaban sus amigos, y así suele llamárseles á los que aman con todo su corazón.

Es verdad que Luisa le correspondía, al parecer, pero su corazón no era extraño á los combates amorosos, había amado á otro durante tres años, y Pepe desplegaba por primera vez sus alas al amor, como dicen los poetas.

La primera vez se ama como nunca, y es porque el corazón, y solo él, dirige nuestros pasos.

Cuanto menos se piensa mas se ama.

La razón es al amor lo que el agua á la lumbre.

¿Por qué la juventud á veces llora y se desespera, y otras rie y goza y baila, por decirlo así, al compás de la orquesta que forman en su cabeza las esperanzas, las ilusiones, los deseos, el entusiasmo?

Porque el corazón, y solo el corazón, es el que dirige sus pensamientos y el que pone ley á sus acciones, porque en esa orquesta, ora melancólica y tranquila, ora turbulenta y desesperada, el corazón lleva la batuta.

Ha dicho un sábio que *el casarse pobre es hacer una escursión por la miseria con una muger al cuello.*

Pero esta sentencia tan triste como cierta no la tuvo en cuenta Blas, porque aunque Luisa era pobre, Pepe no podia temer á las primeras, ni aun á algunas de las segundas necesidades de la vida.

Dije antes que Luisa amaba á Pepe *al parecer*, porque nunca es bueno asegurar lo que no se sabe con certeza.

Ahora bien, pensaba Blas, ¿cuándo aman verdaderamente las mugeres y cuándo no?

El mar tranquilo es hermoso, pero debajo de su tersa y limpia superficie, suele haber mas de un tiburón acechando al inesperto que se acerca.

Sin embargo, hay mares que contienen en su fondo perlas de gran valor.

¿Cuál es el mar de las perlas, y cuál el de los tiburones?

No podia ver Pepe, como lo vió Blas, ni siquiera pasarle por la imaginación que Luisa pudiera tener el corazón dividido en dos, una mitad para él, para sus prendas personales, otra para su posición, para su dinero.

Blas creyó leer esto en el corazón de Luisa, y francamente, Blas lo leyó con sentimiento.

Ya en otra ocasión se ha dicho que Pepe era, á pesar de sus pocos años, un hombre á la antigua, según unos; según los más un tonto.

Por sus tres mil duros de renta, ¡vaya un negocio que podia hacer! ¿A quién sino á él se le ocurre buscar una muchacha sin un maravedí?

«¡Negocio! esclamaba Blas; esta es hoy la gran palabra. La mentira, la perfidia, la mala fe, el crimen, se han cubierto el rostro con una careta. La careta es esta palabra: *negocio.*»

Pero no hay que hacer caso de Blas, porque há poco que está en la corte, ignora los adelantos modernos y es caridad perdonarle, porque no sabe lo que se dice.

Porque Luisa amara á Pepe y á su dinero á la vez, ¿se la ha de juzgar de muger de mal corazón?

No por cierto: de cuerdos es mirar á lo porvenir, y daría pruebas Luisa de poquísimo talento, si no mirase si le convenia ó no este matrimonio, tanto mas, cuanto que era de Pepe la mitad de su corazón. ¿Qué mas se la podia pedir?

Nada tiene que ver lo uno con lo otro; así que cuando Luisa pasaba por la calle de la Montera, un observador la hubiera visto mirar, algunas veces suspirando, á la casa núm. 58. Era una de las fincas de Pepe, la que mas le producía.

Hay quien dice que todas las acciones del hombre, sobre todo las buenas, son hijas siempre de la esperanza de un premio si no inmediato, positivo.

Que el hombre probo y honrado, por ejemplo, lo es porque cree que siéndolo ha de conseguir mas ventajas que si deja de serlo. Que hay tambien hombres de bien como héroes por fuerza, y que no son malos porque no se les presenta ocasión de serlo.

Que el que hace un sacrificio por un amigo, lo hace porque espera que en circunstancias análogas, el amigo haga dos por él.

Que el que se casa, es por egoísmo unas veces, por vanidad otras y muchas porque las circunstancias que acompañan á su muger le auguran un porvenir dichoso, á su juicio.

Si el hombre piensa así, ¿qué tiene de extraño que la muger, débil por naturaleza, se case, entre otros fines, con el de que su marido satisfaga todos sus gustos, en cambio de sus encantos y de su libertad? ¿Qué ha de hacer sino buscar un marido que tenga dinero?

No hay razón por consiguiente, para culpar á Luisa.

Desde su abuela que cuenta setenta Ene-ros y que se casó *por miradas*, hasta su sobrinito de ocho años, que echa cigarros y ternos, todos dicen, que lo que hay que ser es rico, que lo demás es música celestial.

Y tanto la abuela como su nieto dicen una verdad como un templo.

Otra de las circunstancias que contribuyeron á que Blas concluyera de formar opinión respecto á Luisa fue, que en casa de ésta, quien hacia todas las faenas domésticas, quien la peinaba y la cosía los vestidos, quien hacia las calcetas, quien limpiaba la casa etcétera etc., no era Luisa, ni la criada, porque estaba suprimida como artículo de lujo, sino la mamá de Luisa, la buena Doña Jesusa: ésta era á pesar de sus cincuenta y cuatro años, la que llevaba el peso de la familia.

Espero que irán ustedes convenciéndose, como yo lo estoy, de que Blas es un loco que debiera haber nacido dos siglos atrás.

¡Vean ustedes si era regular que Luisa, tan bonita, de cutis tan delicado y tan fino, tomara la aguja para repasar la ropa, la escoba para barrer, ó los zorros para sacudir el polvo! ¿Qué dirían sus amigos, su mismo novio, cuando estrecharan una mano áspera y casi encallecida, en lugar de aquella manecita tan suave como la seda y tan blanca como la nieve?

Blas es demasiado cruel; pero ¡ay! la opinión de Blas será la que decidirá el ánimo de Pepe.

III.

Después de creer Blas que tenia el asunto suficientemente estudiado, se puso á reflexionar y halló éstos, á su juicio, inconvenientes:

«Luisa es hermosa y lo sabe. Esto pesa algo.

«Ha tenido amores con su primo. Esto significaría poco, si el primo no siguiera siendo rico y siendo primo. Este ya pesa algo mas.

«Ama por mitad á Pepe y á su dinero. Si ahora sucede esto, ¿después qué sucederá? A los dos años es probado que los esposos mas enamorados se quieren el veinte por ciento de lo que se quisieron al casarse. Hé aquí un inconveniente que pesa mucho.

«Luisa no hace nada, ya sea porque no sabe, ya porque no quiere, ya por ambas cosas. Verdad es que Pepe no es pobre, pero tampoco es un Cresó: verdad es tambien que Pepe sabe aquello de *nadie tienda mas la pierna de cuanto fuese larga la sábana*; pero es muy espuesto á quedarse uno con la pierna al aire, cuando con una misma sábana se cubren dos: basta dar una vuelta.

El peso de éste, siquiera no sea grande, aumenta sin embargo el de los demás inconvenientes.

«De aquí se deducen otros menos importantes que presentaré á Pepe á medida que me hagan falta.»

Blas, pues, puso en un platillo la mitad del amor de Luisa, única ventaja aceptable, y cargó el otro de todos los inconvenientes enumerados y quizá de algunos mas.

Presentó la balanza á Pepe, colocó los platillos en su lugar, luego los dejó libres, y el segundo se vino á bajo rápidamente.

Pepe no se casó con Luisa.

¿Green ustedes que Pepe encontrará, por mucho que viva, muger á gusto de Blas?

Para muchos es imposible.

Algunos lo dudarán.

Blas cree que sí.

GERONIMO LAFUENTE.

LA MANO ARDIENTE.

TRADICION

POR

RAFAEL BLASCO.

(Conclusion.)

La sangre brotaba de sus heridas caliente, espumosa y formaba un charco á su alrededor. La vista de la sangre de Felipe impresionó de tal manera mi espíritu, que mi memoria me representa aquel horrible suceso con todos sus pormenores al solo aspecto de un líquido rojizo.

Juzgué que mi amigo conservaba algun resto de vida y llevé la mano á su corazón pero no latía; Felipe estaba muerto, muerto.

Entretanto que todo esto pasaba con la rapidéz del relámpago, la moribunda luz del retablo se habia ido estinguendo, y acababa de convencerme apenas de que Felipe era cadáver, cuando me encontré rodeado de las mas profundas tinieblas.

Di un grito de rabia y dirijí instintivamente la vista á lo alto de la escalerilla. Allí arriba me pareció que se agitaba un resplandor semejante al que despediría un carbon encendido. Apoyé en el hombro mi carabina, apunté detenidamente y disparé. A la detonación sucedió un profundo silencio; era indudable que no habia causado daño alguno. Solamente turbó la tranquilidad de la noche un prolongado silbido, como el silbido con que el tío Antonio llamaba á Cain.

Las fuerzas me faltaron, tuve miedo, y me dirijí á mi casa. Apenas llegué caí sin sentido, y después de una larga y penosa enfermedad recobré poco á poco la memoria de los sucesos que acabo de referir. Pregunté por el tío Antonio, por Cain, hicieron pesquisas las autoridades, pero nadie supo dar razón ni del uno ni del otro.



CÁMBIO DE TREN.

Al volver á la vida, me encontré con el corazón viejo á pesar de mis pocos años y no ha vuelto á rejuvenecer.

Aquí tiene V., amigo Lopez, la explicación del misterio que encerraban las palabras que pronuncié al contemplar sus ensayos químicos hace breve rato.

XI.

Absorto me dejó la historia referida por D. Juan del Pino, y llevado de mi natural curiosidad me preparaba á dirigirle algunas preguntas sobre tan irregulares acontecimientos, cuando un hombre entró en la botica.

D. Juan se aprovechó de la ocasión que el comprador le proporcionaba y se preparó á marchar, sin prestar oídos á mis instancias para que se detuviera cortos instantes.

Salí al despacho y me encontré con un gitano que me pidió dos cuartos de crémer.

Al despacharle observé que miraba de hito en hito al interior de la botica, seguí la dirección de su mirada y vi á D. Juan parado en la puerta de la trastienda pálido, desencajado, convulso.

Se marchó el gitano, y D. Juan cogiéndome de la mano me llevó de nuevo detrás de la estantería y me dijo con voz entrecortada:

—¡Ese gitano es Cain, es Cain!

Apenas habia concluido de pronunciar estas palabras cuando resonó un estrépito horrible. Una piedra lanzada por una mano poderosa sobre el estante que nos ocultaba rompió cristales, botellas y frascos y por una casualidad no destruyó la cabeza de D. Juan del Pino.

Indudablemente el gitano le habia reconocido y no halló á mano otro medio mejor de

mostrarle su agradecimiento por la libertad que en su juventud le habia proporcionado.

Propiné un calmante á D. Juan y le escribí al alcalde que era amigo mio la siguiente carta:

«Un gitano que, segun parece, se llama José Aljub (a) Cain, ha arrojado en la botica con intencion dañina una piedra causando un destrozo terrible. Hé aquí una nota circunstanciada de los desperfectos y perjuicios que ha ocasionado:

	Reales.
Un frasco de bálsamo de azufre terebentinado, que lo valió en.	50
Otro de quinta esencia etérea balsámica.	127
Un bote de sagapeno.	25
Otro de sal catártica, vulgo de la Higuera.	6
Un cristal de la cordialera.	5
Una cornucopia de la boticaria.	20
La guitarra del mancebo.	44
Unas antiparras.	2 1/2
TOTAL.	279 1/2

Lo que pongo en su noticia para que capture al criminal á fin de que pueda cobrar esos doscientos y pico de reales, si es que posee alguna cosa.

Suyo siempre su amigo.—Lopez.»

Al cabo de tres dias el alcalde me contestó lo que sigue:

«Tengo el sentimiento de anunciar á V. que en la poblacion no se encuentra el gitano Aljub (a) Cain, cuya captura me recomienda, ni persona alguna conoce á semejante sugeto.»

Me resigné, porque no podia hacer otra

cosa y no he vuelto á tener noticia del citado gitano.

D. Juan del Pino murió hace pocos años, como habia vivido; vió llegar la muerte con la misma impassibilidad con que habia mirado todas las cosas.

RAFAEL BLASCO.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.



Los señores suscritores de fuera que no han remitido el importe del trimestre de suscripción, se servirán hacerlo efectivo á la mayor brevedad.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.